

PRESENTACIÓN DE “EL SIGLO UBÚ” (ÁNGEL OLGOSO, 12-XII-07)

Estimados amigos, conocidos y curiosos, Serenísimos Sátrapas presentes del Institutum Pataphysicum Granatensis, buenas tardes a todos en este día 12 del mes de Arena del año 135 de la Era Patafísica.

No creo ser yo el más apropiado para cargar con el honor de llevar a cabo esta presentación, pero como al parecer Alfred Jarry ha excusado su presencia, aduciendo cobardemente que está más muerto que la reina Leonor de Aquitania, y Fernando Arrabal se encuentra a buen recaudo en una de las playas más aristocráticas de Francia, llamada vulgarmente manicomio de Jouffroy, me temo que os tendréis que conformar conmigo.

Para una cabal comprensión de ese peculiar personaje en particular, Ubú, y de esa insólita ciencia en general, la Patafísica, lo idóneo sería conocer las obras de Jarry y de sus acólitos, pero si no podéis o no estáis dispuestos a realizar tal proeza, entonces este librito llamativamente editado, esta miscelánea astutamente cocinada en el centenario mortal de nuestro proteico autor, constituye un estimulante primer acercamiento a ambos.

La publicación del volumen -que, pese a su aspecto, no es uno de aquellos añejos y encantadores calendarios zaragozanos- no ha podido ocurrir en un momento más propicio: este tiempo de esperpentos, zafiedades, malevolencia, adocenamiento, toxicidades varias y estafas a granel, requiere ser contrarrestado con altas dosis de paciencia y de cultura, pero también con el humor corrosivo de una moral anticonvencional, y la Patafísica es uno de los remedios más efectivos para luchar contra las cosas que agrisan la vida. Aunque, todo hay que decirlo, y por algún motivo que desconozco, el libro se ha publicado incompleto: puede comprobarse fácilmente que le falta llevar colgado de una cuerda una cantarilla de absenta. Seguro que en las próximas ediciones Miguel Ángel corrige esa ausencia imperdonable, ese lapsus provocado sin duda por un oscurecimiento parcial e inesperado de sus instintos comerciales, claro que cualquier editor capaz de publicar un libro sobre Patafísica merece una reverencia sin cortapisas.

Alfred Jarry, bendita sea su memoria, dio origen a una de las mayores innovaciones del siglo XX en el lenguaje teatral y ejerció una considerable influencia en la evolución de los lenguajes plásticos, literarios, filosóficos y hasta científicos, anticipándose en muchos aspectos a corrientes artísticas posteriores y siendo reconocido como un pionero de movimientos de vanguardia como el Futurismo, el Dadá, el Surrealismo (Breton, Duchamp y Péret lo declararon expresamente), el Art Brut, el Grupo Cobra, el Situacionismo, el Movimiento Pánico, etc. Además de con Picasso mantuvo amistad con artistas como Emile Bernard, Félix Vallotton, Toulouse-Lautrec, Pierre Bonnard (su principal ilustrador y cómplice en la creación de un teatro de títeres) y el “Aduanero” Rousseau, de quien fue el primer y auténtico descubridor. También contó con la amistad del músico Claude Terrasse, para quien escribió los libretos de varias óperas burlescas. Tras la muerte de Jarry en 1907, a la edad de treinta y cuatro años, su personaje más popular, Ubú, conoció una considerable fortuna. Desde su tumultuosa aparición en 1896, distintas manifestaciones plásticas, pinturas, grabados, dibujos y esculturas atestiguan la fascinación que Ubú ha ejercido sobre grandes artistas a lo largo del siglo XX como Max Ernst, Joan Miró, Jean Dubuffet, Roberto Matta, Enrico baj, David Hockney y muchos otros que, para ser clemente, me abstendré de citar.

Al personaje Ubú se le ha atribuido el valor de símbolo, el de encarnación de todas las villanías de la humanidad, de todos los defectos, taras y vicios. Sin embargo, los

patafísicos lo vemos más bien como la manifestación de la inconsciencia y la tiranía colectivas. Ubú es un caso de egoísmo delirante, un personaje desmesurado y cruelmente cómico. Rey de Polonia, es decir, de ningún sitio. Tirano “enhorme”, con su codicia, su inmunda glotonería, sus “velas verdes”, su “cuerno en panza” y su “mierdra” que suelta en su primera y estruendosa salida al escenario. Al llegar a este punto -y sin que sirva de precedente- me invade un pensamiento. ¿Podría ser Ubú el emblema del siglo que ha concluido? Nos tememos que sí. Ubú es tonto, vulgar, cruel, cobarde y sucio. No crea el mundo, lo saquea; no inventa, deconstruye, y dice: “No habremos destruido nada si no destruimos incluso las ruinas”. Falso príncipe, verdadero exterminador, Ubú hace girar el surtidor de “phinanzas” y estallar los cerebros, esa moda tan popular hoy. Guy Debord comentó sobre la misteriosa capacidad de anticipación de Jarry: “Se admite fácilmente, desde hace más de sesenta años, que Kafka anunciaba una gran parte siniestra del espíritu de este siglo. Asimismo, desde hace tiempo, no se quiere admitir que Jarry anunciaba una parte mucho más enorme de éste”.

Quizá el gesto más provocador de Jarry fue la creación de una de las leyes fundamentales de la Patafísica: la equivalencia de los contrarios. Con este gesto, Jarry abolía cualquier criterio de belleza y declaraba “semejantes” lo sublime y lo grosero, el ángel y la bestia, sus “malos poemas” y los poemas de Mallarmé, sus dibujos de escolar y la técnica de Durero, puesto que lo que cuenta es la mirada que se los apropiará para transformarlos en algo diferente. Según Jarry, el verdadero genio funciona como el estómago del avestruz, capaz de tragárselo todo, de digerirlo todo y de transformarlo todo. He aquí el origen del emblema patafísico, esa espiral extraída de la monstruosa barriga del Padre Ubú, esa figura dinámica que crece tanto hacia dentro como hacia fuera y que nunca se detiene, ese símbolo de la búsqueda eterna que gira sin cesar sobre sí misma, mutando y renaciendo.

En 1893, Jarry atribuye a Ubú la invención de algo que, en aras de la brevedad, llamaremos Patafísica. Pero el verdadero texto fundador es otro: las “Gestas y opiniones del doctor Faustroll, patafísico”, obra de Jarry publicada póstumamente. El libro II (que reproducimos íntegro en el nuestro), titulado “Elementos de patafísica”, sólo comprende unas pocas páginas pero ocupa un lugar cardinal pues contiene la primera definición que nunca ha dejado de servir de referencia.

La Patafísica, disciplina arbitraria pero rigurosa, aboga por el estudio de las leyes que rigen las excepciones y por las soluciones imaginarias. ¿No es en realidad la definición misma de la literatura, del arte? En efecto, la obra de arte es la excepción absoluta, la negación del orden de las cosas y que, además, escapa a toda definición. La tarea principal de la Patafísica ha sido intentar huir de la banalidad circundante, de la losa muerta de una cultura adquirida durante cincuenta siglos y de una ciencia constreñida a preferir la solución que conviene a los hechos, así se trate de la luz como de la caída de una manzana. Para este ambicioso empeño se vale de una serie de recursos, hábilmente sintetizados por los hermanos del Boletín Oficial de la Facultad de Ciencias Inútiles:

- 1) Provocar el desconcierto (esa máxima del arte moderno) entre los supuestos depositarios de la sensatez y del sentido común.
- 2) Llevar al paroxismo el afán humano de racionalizar las cosas, para ponerlas finalmente en entredicho mediante sofismas y silogismos que se mueven a través de una cadena infinita de absurdidad.
- 3) Utilizar un lenguaje aparentemente críptico y jocoso como pantalla protectora contra la curiosidad ignorante; sólo el iniciado es capaz de traspasarla y alcanzar su sentido, cuando éste dispone de su clave de interpretación jocunda, la Patafísica se convierte en

un pasatiempo serio, inteligente y trascendente que hace realidad otra norma patafísica, “a lo fácil por lo difícil”.

4) Buscar la quintaesenciación máxima de los cargos patafísicos, de los tratamientos, del calendario, del santoral laico, del léxico y de cualquier elemento de comunicación interna del Colegio de Patafísica, que queda reservado así a los que sientan un interés real por la instrucción patafísica. En la práctica, y a la luz del razonamiento, del humor y del azar, la Patafísica constituye una crítica de las costumbres capaz de sustituir con ventaja al conocimiento y a la moral convencionales.

Mientras os dejo masticando y luchando con el polvorón reseco de los párrafos anteriores, aprovecharé para informaros que los principios de la ciencia patafísica sostienen, entre otras muchas cosas, que “todo puede ser su opuesto”, que “la esencia del mundo es la alucinación”, que “todo fenómeno es individual, defectuoso e inagotable”, que “todo saber es siempre personal y válido para un instante”; que la sociedad y la cultura, al ser por excelencia soluciones imaginarias consideradas como reales, son así doblemente imaginarias: en la medida en que son imaginarias y en la medida en que no se las toma por ficciones. Y ese carácter de “patafísica al cuadrado” es el que les confiere su invencible potencia y el curioso crédito de que gozan entre los hombres. El alemán Hans Valhinger enseñaba a los estudiantes su filosofía del “als ob”: les explicaba, con cierta pesadez pero no sin perseverancia, que construimos nuestro propio sistema de pensamientos y valores y que luego vivimos “como si” la realidad se conformara a ese sistema. Recordemos que la idea de “verdad” es la más imaginaria de todas las soluciones.

Recordemos también, para finalizar -antes de que os hagáis el harakiri o me lapidéis a mí-, que no hay que permitirle el humor a los humoristas, de lo contrario, dejará de ser divertido. El verdadero humor está más cercano a ése del que hizo gala Alfred Jarry en su última petición en el lecho de muerte, cuando ignorando la solemnidad que corresponde a un momento tan crucial, ordenó: “¡Que me traigan un mondadientes!”.